

Toda la correspondencia al Administrador P. G. Osler, Espíritu Santo, 18 — Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 45 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los correspondientes 2'50 la mano.



Lo que creen los españoles de las damas francesas. (Véase el viceversa en el número anterior)

LA TRATA DE ESCLAVAS BLANCAS

EN PLENO SIGLO XIX



El repugnante y bárbaro tráfico de la raza de color ha sido con energía combatido durante largos años por eminentes hombres que, guiados por el más noble y humanitario de los sentimientos, y obedeciendo sólo á las inspiraciones honradas de su conciencia, no han cesado un solo instante de defender el principio sublime de que todos los hombres, por el sólo hecho de nacer, somos hermanos.

De su defensa heroica y perseverante han obtenido algún resultado: el de atenuar en gran parte este abominable tráfico, en el que durante siglos vienen sacrificándose innumerables víctimas, cuya sangre inocente constituye el ignominioso borrón que pesa sobre la raza privilegiada; mas dentro de nuestra sociedad, y al abrigo de una tolerancia infame, existe, desgraciadamente, otra trata no menos repugnante ni menos bárbara que la trata de la raza de color, y ésta es la de las mujeres blancas.

Causa horror y oprime el corazón del que, estudiando de cerca este asunto, contempla las innumerables víctimas que vienen inmolándose de estas infelices dentro de nuestra mal llamada sociedad culta, deplorando la actitud impasible de quienes tienen deber ineludible de acudir con medios enérgicos á la extirpación de un cáncer, deshonor de las poblaciones donde se desarrolla.

Existen en todas las ciudades populosas cárceles doradas, en las que se desenvuelven dramas, cuyo final reviste siempre un realismo aterrador, consecuencia natural del hábito mortífero que forzosamente deben aspirar las víctimas condenadas á una bárbara é inhumana reclusión.

Estos antros son el receptáculo que en brevísimo plazo destruye las fuerzas físicas y los sentimientos morales de las indefensas víctimas que la sociedad sacrifica en aras de un acto de inmoralidad criminal, arrojando luego su presa al dominio de un vampiro en forma humana, sediento sólo de oro, y que en su afán, ciego para conseguirlo, nada le importa la salud del cuerpo ni las afecciones del corazón de sus esclavas. ¿Y cuál es la suerte que el porvenir reserva á estas infelices? ¡La más cruel, la más inhumana!

Una vez atravesado el umbral de la mansión donde los vicios de la sociedad las han arrastrado, el extruendo de una fuerte reja que á su paso se cierra y la vista repulsiva de las fuertes cadenas que guardan los sitios de escape, bien claramente les demuestra que desde aquel instante ya no se pertenecen; ellas, que poco antes eran libres y respetadas, ya tienen dueña, ya son esclavas; desde aquel instante quedan convertidas en cuerpos automáticos, que sólo pueden moverse á la voluntad despótica de un sér repulsivo con instintos de hiena y entrañas de avaro; consideradas cual filón de carne humana, sólo su producto es lo que interesa.

¿Qué importa que en su forzosa reclusión se vean condenadas á respirar una atmósfera viciada, que consume su vida? ¿Qué importan los cardenales y cicatrices que muchas de ellas ostentan, y cuyas señales son la evidencia de que una bárbara mano ha profanado su cuerpo indefenso? ¿Qué representan, ante el oro que producen, los mil repugnantes tratos á que se las somete, imposibles de describir sin atentar á la moral, y condenados por toda conciencia que guarde un resto de honradez, vergüenza y caridad?

El esclavo de color, cuando menos, es tratado como bestia de carga, y como á tal, se procura con interés la conservación de su salud para que sea productivo el mayor número de tiempo posible, dándose el caso de que, generalmente á los 50 años, se encuentran llenos de fuerza; las esclavas blancas están condenadas á una esclavitud más horrible aún, pues dado el tratamiento destructor á que se las somete, entran en la decrepitud en un plazo fatalmente breve, y la que á los 30 años ha escapado con vida de sus frecuentes visitas al hospital, queda convertida moral y materialmente en un sér abyecto, sér que ostenta la huella fatal de una penosa existencia, pronta á extinguirse.

Al esclavo de color se le castiga cruelmente, de sus espaldas brota muchas veces la sangre, sangre que cada gota debiera convertirse en hierro candente, marcando la faz y el corazón del que la impone; mas dado el régimen antihumanitario á que están sujetas las mujeres blancas, su esclavitud resulta mucho más horrible y sus consecuencias doblemente funestas.

Este cáncer social no se concreta exclusivamente á destruir el organismo de estas infelices, sus efectos desastrosos trascienden con sorprendente latitud fuera de aquel círculo, é innumerables seres pagan con su preciosa existencia el roce habido con ellas.

La miseria es el germen más fecundo para el desarrollo del vicio y del crimen; la falta de instrucción uno de sus mayores auxiliares; mas, ¿qué reforma imperiosa puede esperarse de unos Gobiernos que mantienen en los presupuestos de Instrucción pública cuotas de 98 pesetas anuales, satisfechas con mucha irregularidad, y en cambio paga bien y corrientemente á los ministros de un culto que muchos no profesan, como si la misión de un cura, respresentante de un fanatismo que cuesta ríos de sangre á todas las generaciones, fuera nunca, ni sólo comparable, con la misión elevada y digna del profesor, respresentante de derecho del progreso de la humanidad?

Disposiciones hay dictadas para estirpar tanto horror; mas éste subsiste, lo que prueba, ó que éstas son deficientes, ó que no se cumplen en el espíritu que encarnan. Urge, pues, que se proceda con mano enérgica, suavizando la triste suerte de las víctimas que la sociedad con implacable saña sacrifica, arrojándolas luego de su seno.

Desgraciadamente, la experiencia nos demuestra todos los días que nada saludable puede esperarse de unos Gobiernos á cuya sombra se ha prostituido política y administración, faltos de prestigio y confianza; su estabilidad se basa sólo en un constante equilibrio: los asuntos más graves para ellos consisten en menudigar benevolencias y sondear actitudes; el estirpar en su raíz el hediondo cáncer social expuesto, y otros no menos graves que existen, es misión encomendada á los amantes de la libertad y de la justicia.

E. P. ALÁ.

JULIA

Historia de una pasión secreta

I

¿Qué batalla es ésta que se está librando dentro de mi espíritu desde que la ví la primera vez?

¿Por qué anhelo y tiemblo encontrarla á mi paso?

Yo creí que había acabado para mí el tiempo de las locas emociones, que mi corazón estaba completamente curado, momificado, fosilizado por la edad y las penalidades de la vida.

¡Bah! los años son como el invierno, que cubre de nieve sólo la cima de las montañas, mientras en el seno de ellas rugen tal vez la hervidora lava de un volcán. Las penalidades sólo afectan á la imaginación, de quien son hijas.

El corazón es siempre niño; para él, siempre es primavera.

Pues qué, ¿no vemos ancianos, con un pie en el sepulcro, víctimas de las más vehementes pasiones?

¡Que la amo! ¿Pues por qué no confesármelo? ¿Por qué avergonzarme de esta vigorosa energía de mi corazón?

Ella, Julia, es la única que no debe saberlo.

Se reiría de este amor de una momia.

Una noche... la encontré en mi camino.

¿Cómo? como se encuentran en el aire dos nubes: por casualidad.

Juntos hicimos un largo paseo. Hablamos de todo... de todo menos de amor.

Al separarnos, ella se perdió entre la multitud.

Yo me quedé sólo, sin saber ni su nombre, ni el lugar donde habitaba.

He dicho mal: cuando desapareció arrebatada por esa ola inmensa de la muchedumbre, aún seguía viéndola á mi lado, con sus hermosos ojos de color indefinible, su cabello negro, su nariz recta, vigorosamente perfilada, su boca encarnada, y aquellos dientes blancos como pequeños piñones frescos, su talle gentil, esbelto, que delineaba un corpiño negro, abierto, sobre un chaleco blanco con botones dorados. Creía sentir aún en mis dedos el hormigueo que me produjo la presión de su mano al despedirnos... yo creí que para siempre, porque entre ella y yo existía una solución de continuidad imposible de llenar.

¡Qué de insomnios he padecido desde entonces, pensando en esa mujer, que llena como una sombra inmensa y apacible el árido desierto de mi vida!

¡Cuántas veces, como si guiase mi mano algún espíritu evocado por un *medium*, he trazado su perfil en el margen del libro que leía, sobre la blanca y muda cuartilla que esperaba mis impresiones políticas ó mis desahogos literarios!

Una vez, una sola vez he vuelto á encontrarla.

¡Cosa rara! Pasó por mi lado y no la miré; pero experimenté una conmoción extraña, como si hubiese sentido el roce de un ala suavísima sobre mi rostro; me volví maquinalmente, miré por detrás á una mujer, una mujer cuyos contornos encajaban perfectamente en los contornos de mi visión, como encaja el perfil de una figura litografiada en el perfil de un reporte de cromó.

Era ella; no podía ser más que ella.

Volví pies atrás, crucé á su lado, esperé su paso, y cuando nos encontramos frente á frente, su boca de cielo se entreabrió para sonreírme, su mano se tendió hacia la mía y me la estrechó, produciendo en mí el mismo efecto que un conductor eléctrico.

Hablamos largo rato.

¿De qué?

De nimiedades, de tonterías.

No hubiera podido repetirla lo que tantas veces he dicho á su imagen. ¡Y la he dicho tanto!

Temo que su carcajada sea para mí como la explosión de un cañonazo en esas maravillosas construcciones que forma el hielo en las regiones hipérboreas... Temo que deshaga el débil edificio de mis postreras ilusiones.

¡Me haría tan desgraciado!

He sabido al fin su nombre, que jamás la he preguntado. He sabido dónde habita, no se si sola ó acompañada.

Sólo sé que no es feliz.

¿Por qué? Lo ignoro.

Es el único punto luminoso de su oscura existencia que he podido sorprender.

¡Ah, si yo tuviese 20 años...!

Si, como dice Teófilo Gautier, leer á un autor es ponerse en comunicación con su alma, Julia está en comunicación conmigo.

Me lee.

¿Acaso la impresiono?

No sé: pero tengo celos de mí mismo, porque en caso de que amase á alguien, no sería á mí, sino al espíritu de aquel ser ideal que la hacía sentir.

Muchas mujeres se han enamorado de un escritor por sus obras, pintándosele allá en su mente como un Apolo perfecto, y cuando le han conocido, han acabado por aborrecer hasta sus producciones, ó han seguido soñando con un ser que no era el verdadero autor, sino una creación de su fantasía.

Poseo de ella un recuerdo.

Una carta

Una carta en que me da las gracias por unos papeles de música que la he remitido. Una carta ceremoniosa, fría como las que escriben por secretario los personajes á los pretendientes vulgares.

Nada menos comprometedor.

El amante, el marido más susceptibles, no podrían ver en esto nada de extraño.

Lo que sí les extrañaría es la cita del Dante, puesta por mí al pie de ese billete.

Lasciate ogni speranza.

¿Y por qué he perdido toda esperanza?

¿Acaso podía, ni debía, ni tenía para qué escribirme otra cosa?

Nó; es que esa misma sentencia la leo escrita sobre el dintel de su puerta.

¡Miserable de mí! ¡Por qué la habré conocido!

LORENZO GIL.

EL DIVORCIO

Si alguna vez, cosa que ni espero, ni procuro, ni deseo, me viese convertido en Padre de la Patria, vulgo diputado á Cortes, hábiame de imponer la obligación de ser el Alfredo Naquet de España, es decir, el que acometiese la ardua empresa de proponer á las Cámaras la cuestión del divorcio absoluto, á riesgo de atraer sobre mí todas las excomuniones, anatemas y maldiciones de la hortodoxia católica y las censuras y burlas de los que creen el divorcio grave rotura del eje social, por más de que la experiencia ha dado á conocer que ni en Inglaterra, donde el divorcio absoluto existe desde hace muchísimo tiempo, ni en Francia, donde puede decirse que se acaba de establecer, el eje sobre que gira la sociedad y la familia, que es su base, ha sufrido desperfecto alguno; antes bien, con él se ha enderezado la parte que tenía torcida, girando admirablemente toda la máquina que entre nosotros anda desnivelada y defectuosa á causa de esa torcedura que traemos de luengos siglos atrás.

A fuerza de pensar en esta cuestión, he llegado hasta soñar con ella; y como á veces la inteligencia adquiere mayor lucidez durante el sueño, como mis lectores habrán podido apreciar cuando, preocupados con la redacción de una carta ó la preparación de un discurso, los han fabricado entre sueños como no lo



Al la puerta del hotel

La salida del baile

Skating-Rink

Simba aristocrática

El placer del Distinguido

En el Real. Día de gala

¡¡¡ A las fiebres!!!

harían seguramente despiertos, yo, que nada tengo de Demóstenes y que no pienso hacer carrera por la elocuencia, he pronunciado discursos letárgicos, quiero decir, nacidos en medio del letargo del sueño, que podrían pasar regularmente en un Parlamento, y que ya que no convencieran, fuesen la primera piedra, y piedra bastante sólida, sobre la que otras inteligencias superiores vinieran á levantar la obra de la redención de muchos esclavos, de ambos sexos, que gimen en el cepo del matrimonio; sería el primer martillazo sobre la cadena de esos forzados condenados á cadena perpetua por una bendición y dos *síes* cambiados muchas veces inconscientemente, y las más fundados en la esperanza de una felicidad que á menudo se ve frustrada.

Y, lo que no suele suceder, aquel discurso, pronunciado entre los vapores de la somnolencia, que á haber sido murmurado en alta voz, parecería incoherente y disparatado, y á mí me parecía lleno de elocuencia y de fuego, ha quedado tan presente en mi memoria, que voy á reproducirlo en la forma que lo concibió mi mente, sirviéndome para defender mi tesis ante el Congreso de la opinión pública, ya que no pueda llevarlo al de la representación nacional.

Creíame elevado á los escaños del Parlamento. Yo había presentado una proposición, que autorizaban otros colegas y que el Congreso había tomado en consideración.

Llegado el momento de defenderla, la campanuda voz del Presidente anunció que yo tenía la palabra.

Espectación en toda la Cámara.

Me levanto, toso, estiro los puños, me paso la mano por la cara, derribo sin querer el vaso de agua que el uguer me traía en bandeja de plata, cierro los ojos, como el que va á tirarse al mar de cabeza, y pronuncio el consabido

«Señores diputados:»

Alea jacta est.

No hay remedio ya. Todo arrepentimiento es tardío.

En lo alto del escaño algunos millones de casados me contemplan. Lo de menos son los casados del Congreso; lo de más son los casados que esperan el indulto del presidio, como decía yo en mi discurso. Acaso entre mis colegas hay quien está pendiente de mis labios, quien diría lo mismo ó más que yo, y no se ha atrevido nunca á ello, tal vez porque no tiene la ventaja que yo tengo, y fué la base de mi exordio.

Señores diputados, repito después de toser otra vez:

Sin duda, al ver levantarse en esta Cámara á un diputado, que por primera vez tiene el honor de dirigiros la palabra y con vosotros al país, para pedirós la proclamación del divorcio absoluto, asoma á vuestros labios una irónica sonrisa, y viene á vuestra mente la idea de que el interés dicta mis palabras, y tal vez creéis tener en frente á una desdichada víctima del *santo lazo*, ganosa de romperlo, mientras teje en secreto otro que colme sus deseos ó regularice una situación ilegal.

¡Ah! ¡señores diputados! Si tal habéis creído, estáis en un error. El que tiene la honra de dirigiros la palabra para pedirós la redención de tanto esclavo, es un hombre que, entre las pocas dichas que le han cabido en este mundo, cuenta la de estar casado.

Bien podéis decretar el divorcio: aunque toda la nación se divorciara en un día, él no se divorciaría, porque su felicidad consiste en vivir unido á su esposa por el resto de su vida.

Pero porque yo sea feliz en mi matrimonio, porque sostenga y afirme una vez y mil la palabra empenada al pie de los altares, más bien que ante Dios y

los testigos ante mi propia conciencia, ¿he de creer que á todos los casados ha cabido igual suerte, y no he de procurar la libertad de aquéllos que el matrimonio indisoluble unce á un pesado yugo por toda la vida? ¿Porque yo tenga en mi hogar un cielo, he de creer que todos viven en la gloria, cuando sé que hay hogares convertidos en infiernos, en los que una ley, aboliendo el matrimonio indisoluble, caería como una gran fortuna? ¿Porque yo viva la vida normal, pacífica, moral, de un ciudadano que tiene una familia, de la que no quiere ni puede prescindir, he de guardar si encio sobre las inmoralidades y anormalidades á que da lugar la indisolubilidad del lazo matrimonial?

(Continuará).

CARLOTA LEFÉVRE

Por K.

Traducción de Emilio de la Cerda

(Continuación)

Dos años hacía que no oía hablar de ella cuando recibí noticias suyas por un compañero de la escuela. Era querida de un hombre muy rico, que la amaba apasionadamente y quería hacerla su esposa. Añádase que Carlota, no escuchando más que su capricho, había rehusado y se disponía á despedir á su adorador.

Las mujeres bastante animosas para luchar con sencillez y valentía, son generalmente excelentes camaradas, porque están exentas de egoísmo y de vanidad.

Yo excusaba á Carlota, pero odiaba á su amante, quien habiéndomela transformado en mujer entretenida me había robado mi compañero y amigo.

«Una mujer más, una artista de menos,» me decía á mí mismo, pensando en lo numerosas que son las mujeres y lo escasas las artistas. Indudablemente la había creído hecha para algo mejor, y no podía menos de reflexionar amargamente sobre la fragilidad de las mujeres cuando pensaba en la caída de una persona que había juzgado superior. Pero después de haberla desdénado pensé que era yo el equivocado y no ella. ¿Por qué había de desealarla impecable porque poseía atrevimiento y talento? Involuntariamente recordé el día de nuestra última entrevista y lo poco que hubiera sido necesario hacer para preservarla. Cuando nos encontramos frente á frente de la miseria el juicio nos abandona ó nos transforma en sofistas. Con raras excepciones, las más honradas se venden ó se ahogan, según encuentren á su paso un río ó un comprador. Comprada ó suicida, esto se llama deshonor en el lenguaje de las gentes timoratas.

Pronto recobré mi sangre fría.

Suponiendo hasta entonces sólo capaces de abstinencia á las que están ahítas, no me creí con derecho á decidir hasta qué punto había tenido razón Carlota en aceptar la comida con que se la brindaba cuando tenía hambre y fuí á verla al otro día de mi llegada. Ella palideció al verme.

—¿Sabéis lo que ha pasado? me dijo.

—Sí.

—¿Volveréis?

—Sí.

—¿Sois aún amigo mío?

—Sí.

Mirome sorprendida, quiso hablar y no pudo. Hubo un largo silencio, después del cual me dijo:

—Gracias. Sentaos; aquí tenéis cigarros; podéis fumar; no me incomoda; estrechad mi mano, tengo deseos de curarme.

*
**

Me habían dicho la verdad. Era rica. Vivía sola, independiente, en el pequeño hotel que debía á la generosidad de su amante. Ese pabellón, cuya fachada ocultaban á medias algunos árboles, estaba situado en un barrio tranquilo, entre un jardín y un patio. Nada había en él que atrajese las miradas hacia el exterior ni al interior. Las habitaciones no estaban recargadas de chucherías ni de muebles, y el decorado era elegante sin pretensiones. En cambio, los magníficos muebles tallados, los tapices raros, las hermosas porcelanas de los buenos tiempos transformaban el taller en un pequeño museo. Un paisaje que Carlota acababa de terminar y descansaba en el caballete, representaba los linderos de una selva en otoño. El ancho camino musgoso é iluminado por una claridad tibia, aparecía bordeado de hayas gigantescas, cuyas raíces, retorciéndose entre grupos de una vegetación bravia, parecían pies de sátiro.

Ahora era aquello pintar, verdaderamente pintar, y mis ojos vagaban desde el cuadro al artista.

Una bata negra, muy larga, y cerrada hasta el cuello, la envolvía como una sotana. Las formas, siempre esbeltas, se dibujaban con mayor redondez y elegancia, con cierta discreción y honesta reserva. No había huella alguna de molición en su rostro enérgico ni en el brillo de su mirada reflexiva y seria. Vió que estaba satisfecho de ella y me tendió su mano larga y nerviosa, de la que más tarde hice el modelo en marmol.

—Ahora, me dijo, voy á contároslo todo.

La historia de su caída era corta, y, naturalmente, no trató de embellecerla. «Había sabido lo que se hacía al obrar mal. Su falta era tanto más grave, cuanto que no era consecuencia de una seducción, ni aun de un arrebató pasajero, sino producto sencillamente de un cálculo. Se le había ofrecido un porvenir, había propuesto una venta y estipulado las condiciones de un arrendamiento; en una palabra, se había vendido por un tiempo limitado. Su excusa consistía en haberse vendido lo más cara posible y sólo para adquirir el derecho de seguir su vocación.

A la sazón, el arriendo había terminado y estaba libre.»

*
**

Lo confieso: quedé estupefacto ante la franqueza brutal de esta confesión. Ella lo notó y me dijo: «Adivino lo que pensáis; halláis menos mal que me haya vendido, que lo haya hecho con cálculo; estimáis que habiendo tenido la debilidad ó la audacia de obrar mal, debiera haberlo hecho estúpidamente, es decir, como engañada ó como imbécil. Sin embargo, reflexionad sobre ello: he encontrado un hombre que, pudiendo ser gratuitamente mi bienhechor y acaso convertirse en mi amigo, ha desdeñado mi gratitud, haciéndose pagar sus favores. Yo hubiera aceptado sus beneficios; soy una pobre joven sin educación, es decir, sin falso orgullo; pero él no ha pensado siquiera en ofrecerme sus servicios.»

Hasta aquí Carlota había hablado friamente, sin amargura, casi como una persona no interesada en lo que contaba; pero desde este punto de su narración, su voz naturalmente enérgica, se alteró y se hizo débil. Detúvose un momento, con los ojos fijos sobre los dibujos de la colgadura y con las cejas contraídas por un movimiento de cólera. Pero en breve se repu-

so, y continuó con acento de mal humor: «Todo quedó decidido para mí desde el día en que partisteis para Roma. ¿Os acordáis de nuestro encuentro en el puente de las Artes? El hambre es mala consejera. Había sufrido mucho, trabajado mucho; faltábame el pan, no podía pagar el alquiler de mi casa, mi vista se gastaba, veía llegar el día en que me pondrían, como en otro tiempo, á la puerta de la calle. Entonces, ¿dónde iría? La cárcel sólo se abre para los malhechores. Para asegurarse un abrigo, es preciso robar, y yo no era ni una tonta, ni una mujer perdida, y además, yo sabía, que si Dorue hubiese querido ayudarme en aquellos momentos, se hubiera evitado todo. Esto, contado, no tiene importancia; pero cuando estos pensamientos os asaltan por la noche, bajo la impresión del frío y con el estómago vacío y la cabeza caliente, se arrojaría una de buena gana por la ventana si tuviera valor para ello. Pero se es cobarde, falta corazón, y en el instante de ir á estrellarse sobre el empedrado, se retrocede, y se dice á sí misma: «¿Quién sabe lo que puede suceder? la fortuna viene hasta mientras se duerme.» En una palabra, esto es una majadería. En seguida nos dormimos quebrantados por la fatiga, y cuando una se despierta, helada y hambrienta, mira instintivamente hacia la puerta, esperando un milagro, y si por casualidad alguno llama, se cree una salvada, y se apresura á abrir.»

**

Carlota todo lo contó; pero sin decir una palabra del hombre con quien había compartido la existencia durante un año. Fuera orgullo ó pudor, había suspendido su narración en el momento en que aparecía libre para escoger entre la comodidad ó la miseria.

Yo no conocía á Mr. Cauvières, tal era el nombre de su amante. Decíase que era hombre muy distinguido, y de gran talento, acaso un poco excéntrico en sus ideas y en sus costumbres; en suma, poseía las cualidades y los defectos de las personas de inteligencia que nacen bastante ricas para permitirse tener caprichos. Era aficionado á las artes, á la literatura; había visto, viajado y comparado mucho para pasar por ser el autor de interesantes estudios de costumbres, que aparecieron después en el periódico titulado *El Espectador Moderno*. Todo esto le colocaba fuera del rango de los advenedizos. Por otra parte, Mr. de Cauvières, se había conducido muy bien con Carlota. Sin duda, podía dar pruebas de un desinterés más completo; pero la generosidad absoluta y perfecta se encuentra rara vez. El corazón se seca á medida que se gana en experiencia, y se teme ser bueno, porque se teme ser engañado. En una palabra, si Carlota había sido desgraciada, no tenía nada que reprochar á Mr. de Cauvières; no solamente la había rodeado de respeto y de atenciones, sino que había querido casarse con ella. Carlota había desdeñado esta inmensa prueba de amor, y se había encerrado en el estricto cumplimiento de un contrato demasiado extraño indudablemente, para que fuese tomado en serio por un hombre de tanto valer. La negativa de Carlota había debido herir cruelmente su amor propio. Pero aunque ésta según todas las apariencias, continuase mostrándosele como enemiga, no había él puesto menos cuidado en procurarle un porvenir independiente y tranquilo. El día de su separación definitiva la había regalado el pequeño hotel que ella habitaba, asegurándole una renta anual, que era como la opulencia para una persona acostumbrada á usar trajes, cuyas telas podían valer cinco francos, y á ayunar en días alternados. Carlota no pareció preocuparse de esto, y vivió en su casa, poco más ó menos, como había vi-



CARLOTA LEFÈVRE.—(Véase este número).

vido en su guardilla, es decir, con mucha sencillez, y sólo pensando en su arte. Aparentemente vivía satisfecha. Parecía haber realizado la aspiración de toda su vida, desde el momento en que poseyó los medios de continuar pacíficamente sus estudios, de trabajar sin la preocupación del día siguiente, y por lo tanto, sin apresuramiento. Volvió al dibujo, que había descuidado, y puso manos á la obra con un celo y una constancia increíbles. Durante esta época, no la ví perder un solo instante. Por sentimiento y por afición, era más bien paisajista; pero en los intervalos, y mientras hablaba, se divertía en hacer pequeñas acuarelas. Se veía allí el estudio de los maestros, especialmente de los maestros españoles. Se apoderaba rápidamente del valor de la actitud y de la importancia de la expresión; sin embargo, por su disposición para el paisaje, mostraba predilección por la escuela Flamenca, cuyo estilo amaba apasionadamente. En este género, su maestro preferido, era Jacobo Ruysdaël. «Es el hombre hecho paisaje,» decía, queriendo sin duda dar á entender, que el estudio y la representación de la naturaleza muerta no interesan, sino á condición de expresar un sentimiento particular y puramente personal.

A menudo me rogaba que la acompañase en sus correrías por los alrededores de París, en las que recogía asuntos para sus estudios. Yo la agradaba, porque sabía de lo que hablaba por mi arte, y por consiguiente, incapaz de distraerme con otra pasión diferente. Algunas veces me miraba riéndose.

—Sois el amigo que necesito, me decía, y hubiéramos debido nacer hermano y hermana.

Decía la verdad. No me han faltado amigos, pero no he conocido con ninguno como con Carlota el placer de lo que los artistas llaman el compañerismo.

Los paseos de que acabo de hablar venían á consolidar esta intimidad intelectual. Los gustos se modifican y cambian según el impulso de las circunstancias y el género de desenvolvimiento que nos imprime la vida. Carlota sufría, aun en esta época, los efectos de una juventud triste y trancurrída en medio de la estrechez. Detestaba las alturas, los lugares extensos; en una palabra, lo que distrae la atención é inspira el gusto por las ilusiones estériles. En cambio, gustaba de los sitios reducidos, donde la naturaleza, circunscrita á un pequeño cuadro, parece más en armonía con la limitación de la naturaleza humana. El espectáculo del mar producía en su ánimo frialdad, mientras que su bello rostro, de ordinario serio, se animaba y tomaba una expresión más dulce cuando nos separábamos del camino frecuentado para perdernos en las profundidades de un bosquecillo sombrío y saturado de tibias emanaciones. Los habladores aprovechan poco lo que ven. Por lo regular, no hablábamos, y nos limitábamos á mirar y á trabajar. He pasado á veces la mitad del día al lado de Carlota, sin cambiar con ella una palabra. Las más veces parecía haber olvidado que yo estaba presente.

(Continuará).

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18. Madrid.

